

UN ADIÓS PARA DOS POETAS

M.D.M.

Hay nombres —de poetas, de novelistas, de pensadores...— que, desde que empezamos a frecuentar los libros, se nos incorporan y nos acompañan año tras año y se nos convierten en emblemas de una época, de una manera de sentir la belleza, de concebir el mundo. Nombres que identificamos con etapas de nuestra vida y que, desencarnados de sus dueños —a los que quizás les perdemos la pista y llegamos a considerar inaccesibles—, idealizamos y terminan siendo paradigmas. Entre los nombres que en mí experimentaron esa metamorfosis están los de dos poetas cubanos que se han ido recientemente: Eugenio Florit y Justo Rodríguez Santos.

Rodríguez Santos murió en Nueva York el pasado 7 de abril. Había nacido en 1915, en Santiago de Cuba. Era un virtuoso del soneto, y para demostrarlo está su libro *La belleza que el cielo no amortaja*, publicado en La Habana, en 1950, en las ediciones de la revista *Orígenes*. Rodríguez Santos es autor de una antología del soneto en Cuba, incluida, en 1942, en las *Entregas* de la revista *Clavileño* —que fundó y dirigió Gastón Baquero—, y fue miembro del grupo *Orígenes*. Su *Elegía por la muerte de Federico García Lorca* figura entre los primeros poemas que aparecieron en el mundo a raíz del asesinato del vate granadino. Su nombre está vinculado a la radio, como guionista de programas de aventuras, en un período (décadas de los 40 y los 50) en que este medio alcanzó en Cuba un espectacular desarrollo técnico y artístico.

Poeta de lujos verbales, poseedor de una fantasía asociativa que es veneno incesante de metáforas afortunadas, Rodríguez Santos, un preciosista de linaje gongorino que se mueve entre el neorromanticismo y la poesía pura, consigue en sus mejores textos un equilibrio íntimo y conmovedor entre la emoción y la hermosura, un equilibrio como el que muestra en este soneto de su juventud:

*Por dónde andabas tú, dama de olvido,
quebradora de espejos, voz ardida;
qué aire súbito invade la dormida
luna de mi silencio dolorido?*

*Qué alto color de nardo interrumpido
ciega mi alma y llagas de mi herida
baña de luz, envuelve en la aterida
pauta de limpio, cálido sonido?*

*Qué beso intacto sube hasta mi boca
gustadora de helada transparencia;
qué nuevo ayer cantando desemboca
donde niega al silencio su apariencia
la no nacida flauta que convoca
a la boda de mi alma con tu ausencia?*

A Eugenio Florit, nacido en Madrid de madre cubana, lo conocí personalmente en el otoño del 94, el día que cumplió 90 años. Fue en Nueva York, en el homenaje que le brindó la gaditana *Revistatlántica*. Don Eugenio ha muerto en Estados Unidos. Su obra es uno de los puntos más altos alcanzados por la lírica del siglo en nuestro idioma. Obra importante por sus valores intrínsecos y por la influencia que ejerció, en la década de los 30, en el movimiento renovador de la llamada Poesía Nueva, influencia que partió de cuatro de sus libros más definitivos: *32 poemas breves* (1927), *Trópico* (1930), *Doble acento* (1937), con prólogo de Juan Ramón Jiménez, y *Reino* (1938), todos publicados en La Habana. La lucidez de Florit, dominadora en sus acercamientos críticos a Juan Clemente Zenea, Bécquer, Garcilaso y Antonio Machado, en su verso se corporiza en la transparencia del mensaje y en la pulcritud de la hechura. Florit, que revolucionó la décima (ver *Trópico*), mostró su magisterio tanto en las formas cerradas como en el verso libre. Al igual que Rodríguez Santos, nos ha dejado sonetos espléndidos, como éste:

*Esta luz que se cruza apresurada
con el vuelo de un tibio pensamiento,
viene de verte bajo el ancho viento
y pone un beso ardiente en la mirada.*

*Ya no hay camino, ni hay alcor, ni nada
que haga su dardo, que en el alma siento,
de más hondo latir, más puro acento,
cuanto de menos fuerza disparada.*

*Luz que de estar conmigo se consuela
para el viaje sin rumbo ni medida
que ha de oponer al mal que la desvela,
sabe ya, por su fuerza dividida,
toda la gracia eterna con que vuela
para llegar al centro de mi vida.*